

Cultura a la contra

Bajar al Metro

Los días de vuelta al colegio son, casi todos los años, lluviosos. Parece como si el rostro consumista y falsamente alegre del verano —sol, playa, helados de tres gustos— se borrara adrede, se convirtiera en el engrudo pastoso que es nuestra vida de todos los días, y que tampoco dejó de serlo durante la temporada estival, por mucho maquillaje que entonces se pusiera el tiempo meteorológico y el otro, el que marca nuestras horas. Vuelve el frenesí ciudadano, el tráfico de histeria; una monotonía sustituye a otra en el paso inacabable de los fastidios diversos que forman el cañamazo de nuestra existencia. Quedan lejos playas y montañas, y se abren —tragaderas insaciables— las bocas de los parkings.

En realidad, es todo el mundo subterráneo el que se abre; volvemos a ser ratas, y nos sumergimos en los olores del Metro, que es como una cloaca tierna y acogedora; y deambulamos por centros y galerías comerciales, que sustituyen el brillo de la lámpara de cuarzo del cielo por las orgullosas luciérnagas de neón. Nada ha cambiado: la moda Corte Inglés, si acaso, ha sido sustituida por la moda Galerías. La realidad sigue siendo espejo de sombras, el paso de una estación a otra no significa nada más que un cambio, apenas perceptible, en el atuendo. Y bajamos al Metro de nuevo. Bajamos, o bajan, porque algunos no han tenido —no han querido, o no han podido tenerlas— vacaciones.

No sé cómo será esta vuelta al infierno de siempre desde el infierno estival en otras ciudades españolas, en el resto del mundo; pero la supongo muy parecida. El paso de la ilusión de no hacer nada —cuando, en realidad, las vacaciones son un tiempo de actividad desbordante, donde la idea misma del ocio se sume en sí misma y desaparece, nulidad absoluta— a la ilusión de trabajar —cuando el trabajo aquí planteado es nulidad, repetición mecánica de gestos, labor de forzados, condenados a desmenuzarse sin sentido una piedra inmensa, y luego otra, y otra— debe ser parecido en todas partes: un lento acostumbrarse a la costumbre acompañado por lantinas y maldiciones que nada cambian, que de nada sirven. Pero aquí, por lo menos, tenemos el Metro. Este Metro más caro cada año —o cada semestre, y pronto cada día—, más sucio a cada momento; este Metro donde hay cada vez más gente transitando y, por paradoja, cada vez más parados. Refugio de mendigos y de abigarrados mercachifles, donde se oculta también un cierto erotismo vergonzante, el erotismo del tocar culos sin ser visto, del palpar y marcharse de prisa en busca de la masturbación furtiva; erotismo de pobres, de hambrientos, placer sólo comparable al de los caballeros con bombín que se refugian en los locales de "strip-tease" continuo, allá en Londres. El Metro es todo un mundo encarrilado, con los trenes lanzados como flechas hacia un destino inevitable, cercano y poco glorioso: la próxima parada, o el final de la línea, como mucho. Es un infierno más cálido, acogedor y hogareño que el infierno exterior, el de las calles y las oficinas; mundo interior alumbrado por tubos fluorescentes que difuminan detalles y fisonomías, pero de pronto hacen resaltar los cuadros rojos de una camisa como única realidad visible. Y en el sonido monótono, hecho como de órdenes repetidas, de números cantados sin sentido, de murmullos; sobre la pantalla indiferenciada del zumbido, se escucha el lamento —nunca mejor llamado así— de ciertos instrumentos musicales, que gritan pidiendo dinero a los que pasan, a los que nada oyen, demasiado sumidos en ese zumbido interno que llaman pensamientos.

El Metro significa para mí el otoño. Y el otoño siempre me ha resultado ingrato, incómodo; ya pueden los poetas cantar sus matices azafrañados, hablar del vino nuevo en las barricas. Para mí, significa la tragedia del hombre moderno que regresa del campo para afirmar su nulidad en la nulidad de los otros. ■ EDUARDO HARO IBARS.

monio de su vida y de cómo ésta se truncó. Y testimonio también de cómo funciona por dentro el en apariencia brillante mundo del espectáculo.

"Yessongs", de Peter Neal, es otra cosa: endiosificación del grupo Yes, en quienes el rock sinfónico no sólo ha hecho mella, sino que los ha destrozado como grupo rockero. Su sentido del espectáculo tiene más de Walt Disney que de Frank Zappa, y la megalomanía imperante en estos seres con vergüenza de ser lo que son —esto es, músicos populares— les hace llegar a inenarrables abismos de tedio y aburrimiento mortales.

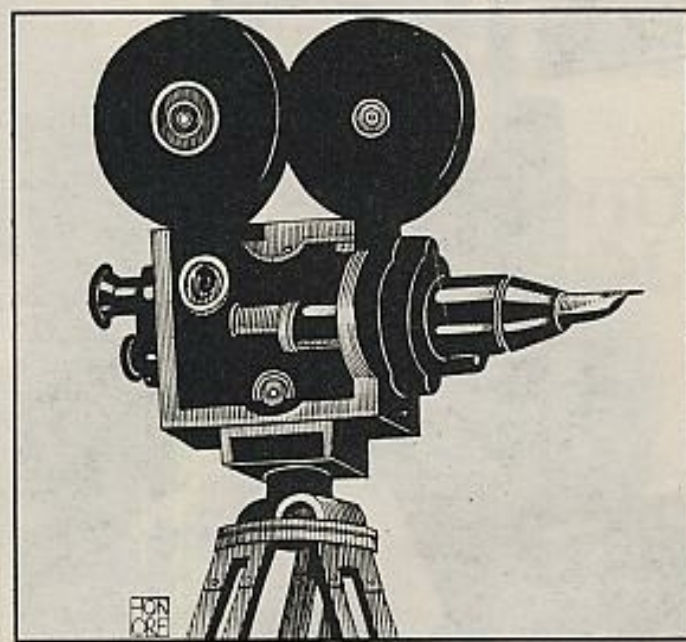
Otro de los horrores es "Pink Floyd en Pompeya", película que ya he tenido que sufrir en otras ocasiones. Nada más hortera que los modernos Pink Floyd, privados de su genio creador, Syd Barrett. Nada más aburrido que las ruinas de Pompeya vistas por alguien que no tiene imaginación y se limita a pasear su cámara por ruinas truncadas y mosaicos

lección de que los que escribimos lo hacemos como "profesión de otro tiempo" —lo escuché anoche en una buena canción de rock español— y que deberíamos dedicarnos a otros juegos donde cupiera más gente. Porque se está acabando la era del papel impreso. Y no seré yo quien lo sienta. ■ EDUARDO HARO IBARS.

TEATRO

"Salvar a los delfines"

Apenas unos días y Santiago Moncada (al parecer nuevo instrumento para el mercantilismo teatral del momento) ha sido capaz de "colocar" dos textos gemelos y consecutivos sobre los atónitos escenarios madrileños. Esta circunstancia no hace sino



charteados. Además, hay soles poniéndose tras grandes gongs chinos, perritas que cantan —añan— junto a las armónicas. Y sintetizador, mucho sintetizador... Aburridísimo todo.

En fin: es un loable intento del de los Duplex, darnos una muestra de lo que puede ser la fusión música/rock: una demostración de lo que han de cambiar los dos medios para lograr su deseada fusión. Y una

consolidar la sensación de ramplonería y confusión que se cierne sobre nuestra demacrada cultura teatral. El asunto puede indignar, pero en ningún caso asombrar.

En el comentario anterior a su primer estreno, "Vivamos hoy", ya se pusieron al descubierto sobradamente todas las simplistas y eficaces claves que presiden la producción de Moncada. En "Salvar a los delfines" (Infanta